

CADA CORAZÓN, UN UMBRAL

SEANAN McGUIRE

Traducción de María Pilar San Román

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Wayward Children Trilogy-Book 1: Every Heart A Doorway*
This book was negotiated through Ute Körner Literary Agent-www.uklitag.com and
Books Crossing Borders

Revisión de las pruebas a cargo de Antonio Torrubia.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 2016, Seanan McGuire
© de la traducción: María Pilar San Román Navarro, 2018
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9181-200-5
Depósito legal: M. 16.092-2018
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para los inconformistas

PARTE I
LAS TARDES DORADAS

Había una vez una niña

Las chicas nunca estaban presentes en la entrevista de admisión. Tan solo sus padres, sus tutores, sus desconcertados hermanos, que tanto deseaban ayudarlas pero no sabían cómo. Hubiera resultado demasiado duro para las futuras alumnas sentarse y escuchar cómo las personas a las que más querían en el mundo —en este mundo, al menos— tildaban sus recuerdos de meros delirios; sus experiencias, de fantasías; su vida, de enfermedad de difícil cura.

Además, su capacidad de llegar a confiar en la escuela hubiese resultado menoscabada si en su primer contacto con Eleanor la hubieran visto ataviada de grises y lilas de lo más decoroso, al igual que su peinado, con el aspecto de una de esas ancianas tías estiradas que en realidad solo existen en los cuentos infantiles. La auténtica Eleanor no era así en modo alguno. Oír lo que decía solo hubiese empeorado las cosas: allí sentada, explicando, toda ella serie-

dad, toda ella sinceridad, que su escuela ayudaría a curar lo que se había torcido en las cabecitas de todos esos corderillos extraviados. Ella podía acoger a esos niños destrozados y volverlos a recomponer.

Ni que decir tiene que estaba mintiendo, pero sus futuros discípulos no tenían manera de saberlo. De modo que Eleanor exigía reunirse con los tutores legales en privado y les daba gato por liebre con la habilidad y el empeño de un estafador nato. Si esos tutores hubiesen llegado a coincidir y hubieran comparado notas, habrían descubierto que el guion de Eleanor estaba ensayado a la perfección y puesto a punto como el arma que en realidad era.

«Se trata de un trastorno poco común, aunque no excepcional, que se manifiesta en jovencitas justo cuando dejan de ser niñas y se hacen mujeres», decía Eleanor, teniendo buen cuidado de mirar a los ojos a los desesperados y abrumados tutores de la última niña errabunda. En las raras ocasiones en las que tenía que hablar con los padres de un muchacho, modificaba el discurso, pero tan solo lo mínimo requerido por las circunstancias. Llevaba mucho tiempo perfeccionando su actuación y sabía cómo sacar partido de los miedos y deseos de los adultos. Querían lo mejor para los niños de los que eran responsables, igual que ella. Lo único que pasaba es que tenían ideas muy distintas sobre el significado de la palabra «mejor».

A los padres y madres les decía: «Se trata de un delirio, y una temporada lejos de casa puede contribuir a curarlo».

A los tíos y tías les decía: «No es culpa de ustedes, y yo puedo ser la solución».

A los abuelos les decía: «Permítanme ayudarles. Por favor, permítanme ayudarles».

No todas las familias decidían que el internado era la mejor solución. Alrededor de uno de cada tres posibles alumnos se le escurría entre los dedos, y Eleanor lo lamentaba por ellos, por aquellos cuyas vidas serían muchísimo más duras de lo necesario, cuando podrían haberse salvado. Sin embargo, se alegraba inmensamente por los que sí quedaban a su cargo. Al menos durante el tiempo que pasasen con ella estarían con alguien que los comprendía. Incluso aunque nunca se les llegara a presentar la oportunidad de regresar a su hogar, tendrían quien los entendiese y la compañía de otros como ellos, un tesoro que no tenía precio.

Eleanor West pasaba los días proporcionándoles aquello de lo que ella siempre había carecido, y confiaba en que llegara un momento en que eso le alcanzase para pagar su billete de vuelta al que era su lugar.